

Un homenaje a José Antonio Maravall*

Hay una dedicatoria que D. José Ortega y Gasset escribió para José Antonio Maravall, allá en los años 30, en la que le dice: «Recuerde, Maravall, que si la vida es un resorte que se dispara, antes es un resorte que se contrae».

Siempre he pensado que José Antonio Maravall, vital e intelectualmente, ha hecho honor a esa hermosa andadura que aconsejaba Ortega. Han pasado veinte años desde que, al ingresar en la Universidad, en la Facultad de Ciencias Políticas, tuve la suerte de conocerle y de moverme desde entonces en su entorno discipular. Pertenecía Maravall a ese pequeño grupo de, si se me permite la expresión, «profesores míticos» que los estudiantes de los 60 respetábamos por su saber y talante liberal y por la exigencia que la seriedad y rigor de sus clases y sus enseñanzas nos imponían de forma natural. Ya he escrito en alguna ocasión que «Ideas» con Díez del Corral y «Pensamiento» con Maravall, en 2º y 4º de carrera respectivamente, eran como dos ritos de pasaje que todo estudiante de Políticas atravesaba con la inseguri-

** El 5 de marzo de 1986 fue presentado en el Instituto de Cooperación Iberoamericana el libro Homenaje a José Antonio Maravall. Intervinieron en la presentación Luis Yáñez-Barnuevo, Presidente del ICI, y los profesores Luis Rodríguez Zúñiga, Julián Santamaría, Gonzalo Anes, María del Carmen Iglesias y el propio José Antonio Maravall. Este libro-homenaje (que consta de tres volúmenes, con un total de mil quinientas páginas) ha sido editado en Madrid, en 1985, por el Centro de Investigaciones Sociológicas y con la colaboración de la Fundación Banco Exterior, la Fundación Juan March, la Generalitat Valenciana y el Instituto de Cooperación Iberoamericana. En la obra, coordinada y reunida por María del Carmen Iglesias, Carlos Moya y Luis Rodríguez Zúñiga, en nombre de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid colaboran Francisco Abad, José Luis Abellán, Francisca Aguirre, Aurora de Alborno, Martín de Alburquerque, Manuel Alvar, Guzmán Álvarez, José Álvarez Junco, Pedro Álvarez de Miranda, Gonzalo Anes Álvarez, Joaquín Arango, Luis Arranz, Miguel Artola, Charles V. Aubrun, Gilbert Azam, Geneviève Barbé, Miguel Batllori, Manuel Benavides, Alicia Borinsky, María Dolores Borrell Merlin, Valeriano Bozal, Benito Brancaforte, Mercedes Cabrera, Jean Canavaggio, Francesca Cantù, Antonio Castro Díaz, M. Cavillac, Maxime Chevalier, Nelly Clémessy, Bruno M. Damiani, Jorge Demerson, Paula de Demerson, Luis Díez del Corral, Lucienne Domergue, A. Domínguez Ortiz, Claude-Gilbert Dubois, J.H. Elliot, Alvaro Espina, Mauricio Fabbri, Christianne Falin-Lancourt, Manuel Fernández Álvarez, Annie Fremaux-Crouzet, Antonio García Berrio, Ramón García Cotarelo, Ovidio García Regueiro, Ildefonso Manuel Gil, Wlad Godzich, Guadalupe Gómez-Ferrer, Dolores Gómez Molleda, Luis González Seara, Félix Grande, Paul Guinard, Alain Guy, Reyne Guy, Richard Herr, Miguel Herrero de Miñón, Pierre Heugas, María del Carmen Iglesias, E. Inman Fox, J.M. Jover Zamora, Antoni Jutglar, Jean Krynen, Pedro Laín Entralgo, Rafaél Lapesa, Eliane Lavaud, Ernest Lluch, Alejandro López López, François López, Carmen López Alonso, Evelyne López Campillo, Luis López Grigera, Thomas McCallum, Blas Matamoros, Paul Merimée, Antonio Mestre, Alain Milhou, Pere Molas Ribalta, Mauricio Molho, Monique Morazé, Roland Mousnier, Carlos Moya, Javier Muguerza, André Nogué, Carlos Ollero, Pilar Pedraza, Joseph Pérez, José Luis Peset, Mariano Peset, Demetrio Ramos Pérez, Augustin Redondo, Josette Riandière La Roche, Francisco Rico, Luis Rodríguez Zúñiga, Emilia Salvador Esteban, Julián Santamaría, Jacqueline Savoye Serralta, Manuel Sito Alba, Nicholas Spadaccini, Francisco Tomás y Valiente, Juan Trías Vejarano, Julio Valdeón, J.E. Varey, Francisco Vega Díaz, Jean Vilar, Pierre Vilar, Bernard Vicent, Anthony Zabareas e Iris M. Zavala.*

Las presentes páginas de nuestra colaboradora María del Carmen Iglesias fueron leídas en el mencionado acto de homenaje a José Antonio Maravall. (R.)

dad y el esfuerzo propios del caso, pero que proporcionaban también, posteriormente, la confianza que dan los ritos.

Pues bien, a través de todos estos años, desde aquella Universidad de mediados de los sesenta a la actual, Maravall ha permanecido siempre, como intelectual y como universitario, en el mismo «ojo de huracán», contrayéndose y disparándose en su obra, perfectamente atento a las transformaciones del país y al sentir de los más jóvenes y prosiguiendo su labor docente e investigadora a ritmos cada vez más intensos en el transcurrir del tiempo.

Es sabido que él gusta definirse como universitario, puesto que en el ámbito de la Universidad se ha desarrollado toda su vida y obra:

Desde hace medio siglo, —escribió con motivo de su doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Toulouse—, unos años antes de acabar mi licenciatura en Madrid, ya había planeado mi vida como desarrollándose dentro de la Universidad: para aprender y, llegado el caso, para enseñar. Para aprender hasta el postrer día todas cuantas cosas me apasionan; para enseñar, alguna que otra vez (y lo digo sin la menor ironía), por si acaso, un día, algunos se interesan por lo que me fuera dado decirles. En cuanto estudiante, en cuanto docente, en cuanto catedrático, en cuanto investigador, mi microbiografía —que otra no tengo— se inscribe en la esfera de la Universidad.

Todo un programa intelectual hay en estas líneas que escribiera José Antonio Maravall, programa cumplido con creces y cumpliéndose día a día en la actualidad. Gonzalo Anes les hablará con mayor autoridad que la mía, de la obra investigadora del Prof. Maravall, pero yo quisiera referirme brevemente a esa función de enseñante en una Universidad como la española donde tan pocos estímulos existen para casi nada y donde, sin embargo, José Antonio Maravall ha sabido extraer de sí mismo y transmitir generación tras generación lo único que verdaderamente se puede enseñar y al tiempo lo más difícil de hacer: *el amor por lo que se hace*. No tanto —que también— unos «contenidos», sino una forma de acercarse a esos contenidos; no una fórmula para acercarse al conocimiento, sino *el placer de la experiencia del conocimiento*. Por ello, distintas generaciones de discípulos y alumnos suyos nos hemos unido en este homenaje como pequeña correspondencia a un maestro que nos enseñó la pasión por el conocimiento, por la cosa en sí, —permítaseme la expresión— y la necesaria autodistancia para su investigación. Un maestro que supo infundir a su alrededor lo que podríamos llamar el «valor en sí mismo», una manera de crear un *nomos* en el interior de las gentes; uno de esos maestros que pertenece a ese pequeño grupo de lo que yo llamaría, en palabras de Peter Handke, «apasionadamente severos», cálidos y exigentes a la vez o, como él mismo me decía en alguna ocasión, «discrepantemente tolerante», es decir, abierto a los jóvenes, con tolerancia viva, pero mostrando siempre la existencia y necesidad de unas reglas de juego, la existencia y la necesidad de que el mundo tenga sus configuraciones. En el alud de homogeneización demagógica y del «todo vale» de nuestras sociedades actuales, una actitud como la de Maravall —cálida y atenta, como decía, pero no blandamente complaciente— es una enseñanza cuya aparente sencillez es producto (—como todo lo sencillo, que es lo opuesto —como bien saben ustedes— a lo simple—),

